

Dios Redentor; ella, pues, se dirigia á Jesucristo. Esa esperanza se expresaba con los sacrificios; se fijaba, pues, en el sacrificio de Jesucristo. El poeta griego lo dijo entre las sombras de la fábula. ¡O hombre! tu suplicio no acabará hasta que Dios se ofrezca á reemplazarte en tus sufrimientos, y quiera bajar voluntariamente por tí á los infiernos (1). El Profeta lo dice: «Tomó sobre sí nuestras iniquidades, cargó sobre sí nuestros dolores y miserias, el castigo para nuestra paz fué sobre él, y con su sangre fuimos curados (2).» San Pablo lo explica: «Se hizo obediente, como víctima, hasta la muerte, y muerte de Cruz (3); se hizo por nosotros pecado (4), crucificando en su cuerpo al hombre viejo, para destruir el cuerpo del pecado (5). Se hizo por nosotros maldición, llevando sobre sí las que á nosotros tocaban; porque escrito está: «Maldito el que es colgado en un madero (6).» ¡O amor! ¡O caridad! ¡Cómo nos apremia y nos estrecha á amarle (7).»

¿Está consumada la obra? Eficaz, meritoria y ejemplarmente, sí. San Pablo lo dice también: «Jesucristo, con una sola ofrenda, hizo perfectos para siempre á los que ha santificado (8),» y no tiene ya necesidad, como los sacerdotes de los judíos, de ofrecer cada día nuevas y distintas víctimas por el pecado del hombre, y para abrirle la puerta de la reconciliación (9). Pero el hom-

(1) Esquiles, Prometeo encadenado.

(2) Isai. LIII, 4, 5.

(3) Ad Philip. II, 9.

(4) II ad Corinth. V, 21.

(5) Ad Rom. VI, 6.

(6) Ad Gal. III, 13.

(7) II ad Corinth. V, 14, 15.

(8) Ad Hebr. X, 10, 14.

(9) Id. VII, 27.

bre en sus esperanzas no tendia solo á la remision del pecado y á la reconciliación con Dios: la esperanza se dirigia en último término á la consecución del destino que Dios le señalaba en la creación, y del cual tuvo siempre un instinto divino. El pecado, no cambiando la naturaleza del hombre, no cambió este destino, ni arrancó de su corazón el deseo y la esperanza de llegar á él. Ese destino es elevarse á Dios, á la participación de su gloria, á la unión con él. Erró el camino, y extraviado ya, su necesidad urgente era volver al sendero recto: vuelto á él, renace el primer deseo, la primera esperanza de elevarse hasta aquel, que es su principio y su fin. El fundamento de esta esperanza, el medio de lograr lo que desea, más aún, lo que necesita, es Jesucristo. La teología católica nos lo dice: en el sueño misterioso, en el éxtasis en que Dios puso á Adán en el paraíso, durante el breve plazo de su inocencia, dice Santo Tomás, tuvo este una fe explícita en el misterio de la Encarnación del Verbo; no como Redentor del pecado, de que Adán ni pensaba que llegaría á ser culpable, sino como medio necesario, medio único de llegar á la consumación de la gloria á que Dios le destinaba (1). Jesucristo lo dice también: «Nadie viene al Padre sino por mí (2).» Nadie llega á la felicidad á que aspira, según el noble instinto de su naturaleza y la esperanza viva de su alma, sino por Jesucristo: es el fundamento, dice San Pablo, fuera del cual no puede ponerse otro (3). Si esto era ya una verdad para el hombre inocente, lo es más

(1) Ante peccatum Adam habuit fidem explicitam de Christi Incarnatione, prout ordinabatur ad consummationem gloriae. (S. Thom. in capitulum V, Epist. ad Ephes.)

(2) Joann. XIV, 6.

(3) I ad Corinth. III, 11.

para el hombre caído y regenerado por Jesucristo. Ni en uno ni en otro estado tiene el hombre en la tierra la suma de felicidad y de gloria á que Dios quiere elevarle. Del primero, lo prueba el deseo de ser como Dios, que hizo precipitar al hombre en el abismo sin fondo de la culpa: del segundo, esa sed insaciable de felicidad, de gozos supremos, eternos, infinitos y de paz inalterable que tiene el hombre. En uno y otro estado aspira á Dios, aun en medio de sus extravíos, en medio de sus desórdenes. Dios, el bien sumo, el infinito, el Eterno: hé aquí la primera aspiracion del hombre. El grande Agustin, retratándose á sí mismo, nos retrata á todos. Hemos sido formados para ti, ¡ó Dios! exclama, é inquieto está nuestro corazon hasta que descansa en ti (1). El hombre desea siempre, se afana siempre, espera siempre. Esto dice que no ha llegado al fin; esto dice que está en el camino, no en el término; esto prueba que tiene el instinto y la conciencia de lo que debe ser, y le mantiene la esperanza de lograrlo. Quitad al hombre esa esperanza, y le arruináis, le aniquiláis; y entre la desesperacion y la duda, arrastrará una existencia miserable.

La esperanza, pues, tiene por objeto supremo los bienes invisibles del porvenir, la riqueza del cielo, la vista de Dios, su gloria, su amor. Esto anhela la criatura; esto le promete el Criador (2): pero se lo promete como una recompensa, y la recompensa supone el mérito; el mérito está en la virtud, y la virtud consiste en la victoria del bien sobre el mal, elevándose por ella el hombre sobre la naturaleza corrompida para acercarse á Dios. ¿Podrá el hombre por sí mismo elevarse á esta

(1) Fecisti nos ad te, et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te. (S. Aug. Confes., lib. I, cap. 1.)

(2) Gen. XV, 1; Matth. XXIV, 34.

altura? Imposible, si está solo. No somos suficientes por nosotros mismos para un buen pensamiento, dice el Apóstol (1): los sentidos y los pensamientos del hombre están inclinados al mal desde la juventud, dijo Moisés (2). Necesita de un auxilio superior, de la gracia, que, comunicándole fuerzas divinas, le hace capaz de todo lo bueno, segun el mismo Apóstol (3). Gracia para la virtud, virtud para el mérito, mérito para la recompensa, recompensa para ser feliz. Hé aquí lo que la esperanza hace desear al hombre. ¿Dónde lo encontrará? En Jesucristo, solo en Jesucristo. «Venid á mí, dice, los que os veis oprimidos por el peso de vuestras miserias, y yo os aliviare (4): uníos á mí, como sarmientos á la vid, y dareis frutos en abundancia (5). Jesucristo, Señores, fundamento de toda esperanza, con su sacrificio merece para el hombre la gracia, esa luz, esa fuerza divina que le habilita para la virtud; esa inspiracion de la caridad, como la llama San Agustin, para hacer con santo amor lo que ella misma nos hace conocer (6). Jesucristo se le ofrece por modelo de santidad, é incorporando al hombre con él, le comunica su gloria, su eterna felicidad. Su sangre le limpia de pecado (7); su sangre fecundiza con la gracia la tierra del corazon; su sangre le introduce en la gloria, en cuyo tabernáculo entró él mismo, encontrando en su propia sangre redencion eter-

(1) II ad Corint. III, 5.

(2) Gen. VIII, 21.

(3) Ad Philip. IV, 13.

(4) Matth. XI, 28.

(5) Joann. XV, 4, 5.

(6) Inspiratio dilectionis ut cognita sancto amore faciamus. (S. Aug. lib. 4, contra duas epist. Pelag.)

(7) I Joann. I, 7.

na para el hombre (1). Todo en Jesucristo; nada sin él. Segun ello, Señores, el hombre está destinado al cielo, á la union con Dios, á la participacion de Dios: tiene medios para llegar á este fin: Dios mismo se los ofrece. ¿Cómo llegará á la posesion de lo que espera? Haciéndose semejante á Jesucristo; viviendo de Jesucristo. Son las condiciones que Dios le impone, segun San Pablo (2). Una palabra lo reasume todo: Sacrificaos como Jesucristo y con Jesucristo. En el sacrificio buscó el hombre en todo tiempo la reconciliacion con Dios; en el sacrificio, la bendicion de Dios; en el sacrificio, la elevacion á Dios. En este medio lo vinculó todo el Criador; por este medio lo realizó todo el Redentor; por este medio lo alcanzará todo la criatura redimida. ¿Quereis lograrlo? Ofreced, dice San Pablo, ofreced vuestro cuerpo á Dios en hostia viva, santa, agradable, y obsequio racional; no conformándoos con este siglo, sino renovándoos en novedad de espíritu. De esta manera experimentaréis cuál es la voluntad de Dios, buena, agradable, perfecta (3). Esta voluntad de Dios, es vuestra santificacion (4). Para llegar á este punto, tened los mismos sentimientos de Cristo Jesus (5): despojaos del hombre viejo y vestíos del nuevo, criado segun Dios en justicia y santidad (6). No andeis en glotonería y embriaguez, no en sensualidad y disolucion, sino vestíos de nuestro Señor Jesucristo (7); crucificad vuestra carne, y sus vicios y concupiscencias, como hacen los que verdaderamente son

(1) Ad Hebr. IX, 12, 14.

(2) Ad Rom. VIII, 10, 11.

(3) Ad Rom. XII, 1, 2.

(4) Ad Tessal. VI, 3.

(5) Ad Philip. II, 6.

(6) Ad Ephes. IV, 22, 24; ad Colos. III, 9.

(7) Ad Rom. XIII, 13, 14.

de Cristo (1), completando de este modo en vosotros lo que falta á su pasion (2); dejad la imágen del hombre terreno; llevad la del celestial (3), como miembros que sois de Cristo (4), y de este modo sereis glorificados; porque á los que predestinó para ser conformes á la imágen de su Hijo, á estos da Dios gloria (5); y á los que permanecen fieles y acompañan á Jesucristo en sus tribulaciones y su sacrificio, á estos prepara un reino, para que sean felices en convite eterno (6). Gozaos pues, en Cristo, que por la fe os da la esperanza de llegar á la gloria de hijos de Dios, y por ello gloriaos en el sacrificio y en la tribulacion; porque la tribulacion obra paciencia, la paciencia prueba y purifica, la purificacion alimenta la esperanza, y la esperanza no queda confundida (7), porque lo momentáneo y leve de nuestra tribulacion, va seguido de inmenso peso de gloria (8). Hé aquí, hermanos míos, la doctrina de San Pablo, del Apóstol destinado á evangelizar las inestimables riquezas de Jesucristo (9). El sacrificio de este, segun dicha doctrina, es el fundamento de toda esperanza; y la participacion de su sacrificio, el medio de asegurar esta esperanza.

Veamos ahora en el Sacramento augusto de nuestros altares la perpetuacion del sacrificio de Jesucristo, prenda de nuestra esperanza, y estímulo y modelo del sacrificio que á nosotros nos impone para la consecucion de lo esperado.

(1) Ad Gal. V, 24.

(2) Ad Colos. I, 24.

(3) I ad Corinth. XV, 49.

(4) Ad Ephes. V, 30.

(5) Ad Rom. VIII, 17, 29, 30.

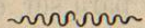
(6) Luc. XXII, 28.

(7) Ad Rom. V, 2, ad 5.

(8) II ad Corinth. IV, 17.

(9) Ad Ephes. III, 8.

## SEGUNDA PARTE.



La multiplicacion de las víctimas que los antiguos pueblos, y aun el pueblo hebreo, ofrecian á Dios, prueba, dice San Juan Crisóstomo, la insuficiencia de las mismas. ¿Por qué multiplicarlas, si alguna de ellas era suficiente para el fin del sacrificio? (1) Como inútiles, pues, debieron cesar, y cesaron en cuanto se inmoló la Víctima divina, el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo (2). En cuanto los pueblos conocieron esta víctima, abandonaron todas las demás. Pero la sangre de esta víctima se derramó una sola vez. ¿Cesará para siempre el sacrificio? No, Señores, debe ser perpétuo como la redencion. Mientras haya hombres en la tierra, hay necesidad de redencion, y esta, con todos sus frutos, está vinculada en el Sacrificio de Jesucristo. Este, pues, debe perpetuarse; y esto hace el gran Pontífice de la redencion por medio de la Eucaristía. Ella es un verdadero Sacrificio: es el complemento, y por así decirlo, la perfeccion ó consumacion del Sacrificio de la Cruz; es la

(1) Illæ autem (hostiæ) multæ. Ideo enim non validæ, quia multæ. Quid enim, dic quæso, opus erat multis, cum una sufficeret?.... Quod enim prima victima nihil valuerat, altera offerebatur: quandoque nec ipsa quidquam conferebat, altera adjuungebatur. Quod itaque victimæ offerebantur, peccatorum erat evictio; quod autem semper imbecillitatis certa professio. Secus autem in Christo: semel oblatus est, satisque ea in æternum oblatio fuit. (S. Joann. Crisost. Hom. 17 in Epist. ad Hebr.)

(2) Joann. I, 29.

prenda de redencion y de gloria, que Jesucristo ha dejado en la tierra (1).

Recordad lo que hizo Jesucristo en la última noche de su vida. Era aquella noche suprema tan deseada por el Salvador de los hombres; aquella noche figurada en tantos hechos brillantes de la historia del pueblo de Dios; aquella noche que no ha tenido ni tendrá semejante en los siglos, porque en ella todo fué grande, todo celestial y divino; aquella noche, en fin, en que la llama que ardia en el pecho de Jesus, saltando las vallas de la naturaleza, se levantó y salió de su corazon, como volcan ardiente que esparció por todo el orbe las riquezas de su amor. En ella, Jesucristo, que no tuvo nunca albergue donde retirarse, ni lugar donde reclinar la cabeza (2), reúne á sus Apóstoles en un cenáculo grande, adornado con magnificencia. El habia fundado su Iglesia que, extendida por el universo, debia hacer su nombre grande en todas partes, y en todas tener un altar, una víctima, un sacrificio, como el Profeta lo predijo (3). Este altar, esta víctima y este sacrificio debia ser perpétuo y único; reproduciéndose siempre sin multiplicarse en su especie, como los del antiguo pueblo (4): debia ser una víctima inmortal, una víctima divina, víctima universal y de infinito precio. Y ved que, reuniendo en su corazon

(1) Ut quia quotidiana et indefessa currebat pro hominum salute redemptionis, perpetua esset etiam redemptionis oblatio; et perennis illa victima viveret in memoria, et semper esset præsens in gratia. (S. Hilar. Arelat., Hom. 5 de Pascha.)

(2) Luc. IX, 58.

(3) Malach. I, 11.

(4) Eundem enim semper offerimus; non nunc quidem aliam, cras autem aliam, sed eandem semper victimam. Quamobrem unum est sacrificium. Pontifex noster ille est, qui eam obtulit hostiam quæ nos mundat. Illam nunc quoque offerimus, quæ tunc fuit oblata, quæ non potest consumi. (S. Joann. Chrys., Hom. 17 in Epist. ad Hebr.)

su caridad inmensa con su poder sin límites, rodeado de sus Apóstoles, toma en sus manos el pan, levanta los ojos al cielo, adora y da gracias á su Padre, bendice el pan, lo parte y lo da á sus Discípulos, diciendo: *Tomad y comed, este es mi cuerpo, que por vosotros será entregado*. Toma el cáliz, lo bendice, y lo reparte diciendo: *Tomad y bebed, esta es mi sangre, que por vosotros será derramada; es la sangre de la nueva alianza que Dios hace con el hombre* (1). ¿Veis el Sacerdote, veis la víctima, veis la inmolacion, veis su objeto? El Sacerdote es Jesucristo, Sacerdote eterno segun el orden de Melchisedech (2), que realiza lo que este figurara al ofrecer á Dios el pan y el vino (3), único sacrificio, segun doctrina de los mismos judíos, que debia exceptuarse de la abolicion entre cuantos la sinagoga practicara (4). La víctima, Jesus lo dice, es su Cuerpo, el cuerpo que el Padre le dió para sustituir con él á las víctimas antiguas. La inmolacion la expresan sus palabras: consagra separadamente el pan y el vino; convierte la sustancia de aquel en la de su cuerpo, y la de este en su sangre, separándolas como en señal de destruccion. El objeto del sacrificio es el perdon del pecado, con la reconciliacion Dios, la alianza, el tratado de paz entre el Criador y la criatura. La antigua alianza de Dios con su pueblo, se ratificó con la sangre de las víctimas que ofreció Moisés,

(1) I ad Corint. XI, 23, 24; Matth. XXVI, 28.

(2) Psalm. CIX, 4.

(3) Melchisedech jam tunc in typo Christi panem et vinum obtulit, et mysterium christianum in Salvatoris sanguine dedicavit. (S. Ciprian., Epist. ad Cæcilian., de Domin. calice.)

(4) Tempore Messiae omnia sacrificia cessabunt; sed sacrificium panis et vini non cessabit. Rex Messias excipiet à cessatione sacrificiorum. Sacrificium panis et vini, sicut dicitur: Tu es Sacerdos in æternum, secundum ordinem Melchisedech. (Rabbi Finees in Bereschit Rabbá.)

y con la cual roció el altar, la ley y el pueblo (1). La nueva alianza, más perfecta que aquella, debe ser firmada también con sangre, y rociados con ella el altar y el pueblo.

¿Más para qué este sacrificio tan misterioso, puesto que dentro de poco, al día siguiente, debia públicamente inmolarse Jesucristo sobre la Cruz del Calvario? La Crucifixion, Señores, fué un verdadero sacrificio, y sacrificio voluntario, cual para la redencion se requeria: pues, como anunció el Profeta, Cristo se ofreció porque quiso (2); y el mismo Salvador repetidas veces lo anunció también, manifestó deseo ardiente de él (3), y protestó que moria voluntariamente, porque, siendo Dios, nadie tenia poder para quitarle la vida (4); bien que exteriormente apareció como una muerte forzada, como un castigo que se le impuso. Parecia morir por la acusacion y ódio del pueblo, y por la sentencia del juez; y esto no era honroso para el que voluntariamente se cargó con nuestras iniquidades (5). Escuchad á San Gregorio Niseno: «No quiso el Señor que permaneciera un instante oculta la libertad de su inmolacion; y por ello no espera que la traicion de Judas le imponga necesidad de padecer, ni que el ódio de los judíos le abrume, ni que la sentencia de Pilato le apremie, para que no parezca que la malicia de los hombres y no su propio amor, es la causa y el principio de la salud universal, por medio de su sacrificio: y hé aquí que teniendo todas las cosas en su mano, se anticipa á la malicia de los hombres con un acto espontáneo; y por medio de una

(1) Ad Hebr. IX, 18 ad 21.

(2) Isai. LIII, 7.

(3) Luc. XII, 50.

(4) Joann. X, 18.

(5) Isai. LIII, 4.